

Entrevista

Entrevista a Gabriel Trujillo Muñoz

Markéta Šimková
Universidad Palacký de Olomouc

Gabriel Trujillo Muñoz (* 1958) es un autor mexicano muy prolífico. Originalmente capacitado como cirujano, ha escrito y editado más de 130 libros, y continúa escribiendo novelas, cuentos, poemas, ensayos y artículos periodísticos. El autor también enseña literatura y cultura en la Facultad de Humanidades de la Universidad UABC en Mexicali.

El amplio alcance de Trujillo también se reflejó en la fundación de la Asociación Mexicana de Ciencia Ficción y Literatura Fantástica. Este logro muestra en qué otro género (excepto el detectivesco) Trujillo está muy interesado: la ciencia ficción. Su antología *El futuro en llamas. Cuentos clásicos de la ciencia ficción mexicana* (1997), junto con la novela *Espantapájaros* (1999), es vista como una publicación indispensable para todos los fanáticos de la literatura mexicana de ciencia ficción. Trujillo Muñoz, sin embargo, también es autor de innumerables ensayos sobre la historia regional de la frontera entre los Estados Unidos y el estado mexicano de Baja California: presta atención a la historia del cine, la música, la literatura, la existencia de grupos minoritarios o los mitos y leyendas de Mexicali. La capital del estado de Baja California demostrará ser un lugar ficticio importante en el que Trujillo Muñoz ubica gran cantidad de sus historias. Las referencias históricas frecuentes que el autor pone en los textos se utilizan para revivir eventos antiguos, a menudo olvidados.

Trujillo Muñoz comenzó a escribir historias de detectives a fines de la década de 1980. Uno de sus primeros cuentos, "Hotel frontera", confirma lo que más le interesará: espacio fronterizo, referencias regionales, flujos de migrantes, corrupción y una relación tensa con los Estados Unidos. En 1995 publicó su primera novela negra *Mezquite Road*, con su detective/abogado Miguel

Ángel Morgado López. Sigue la trilogía de novelas publicadas en 2000: *Tijuana City Blues*, *Turbulencias* y *Descuartizamientos*, recopilados por la editorial Norma como *El festín de los cuervos: la saga fronteriza de Miguel Ángel Morgado* (2002), a la que se añadió una novela corta *Laguna Salada* (2002). Más tarde, la editorial Norma volvió a publicar estas novelas como *Mexicali City Blues* (2006). En 2004 se publicó otra novela con el detective Morgado, *La memoria de los muertos*. Tres años después, el autor regresa a su detective ya domesticado en la trilogía *Exhumaciones: Círculo de fuego*, *Vecindad con el abismo* y *Musica para difuntos* (2014). La gran popularidad del detective de Trujillo en otros países (las novelas de Morgado han sido traducidas al alemán, inglés, francés e italiano) han llevado al autor a más historias con su detective/abogado mexicano que lucha por los derechos humanos: Trujillo en 2018 publicó dos secuelas: *Rutas de escape* y *Rastro del crimen*. Y hay que esperar más.

Markéta Šimková: Sus novelas negras se acentúan fuertemente en la cultura y sociedad del norte de México. Según su opinión ¿Cuáles son las diferencias más contrastantes entre el norte de México con el resto del país?

Gabriel Trujillo Muñoz: Ambas regiones formamos parte de un mismo país, México, pero hay grandes diferencias históricas en el desarrollo de la identidad nacional. Empiezo por el principio, aunque parezca muy didáctico: en 1521, Hernán Cortés, centenares de soldados españoles y miles de indios aliados suyos, que querían quitarse el yugo del imperio azteca, destruyeron la capital del mismo, la gran Tenochtitlán, adueñándose de este centro de poder y de Moctezuma, el emperador mexica en turno. En los libros de historia se asegura que con la caída del imperio azteca, la resistencia indígena terminó y los españoles conquistaron México de una vez y para siempre, sometiéndolo al control absoluto de la corona de Carlos I. Pero esa visión es falsa, centralista, parcial. 250 años más tarde, la región donde vivo, el desierto Sonora-Baja California, donde hoy se asienta Mexicali, seguía independiente del imperio español, las tribus yumas, kimiai, cucapá eran libres y no permitían el paso de los soldados españoles, y si trataban de poner pie en forma de colonias, misiones o pueblos, los destruían y mataban a sus supuestos conquistadores, como ocurrió en 1781, en las misiones que los yumas aniquilaron a la orilla del río Colorado.

Me explico: el sur mexicano era jerárquico, vertical, sedentario, piramidal. Si caía el emperador todos se plegaban al nuevo amo. Pero en el norte desértico, lo que los geógrafos del siglo XX llamaron Aridoamérica, los españoles apenas pudieron crear unos cuantos establecimientos permanentes, unas cuantas poblaciones aisladas en un mar de naciones indígenas belicosas, que nunca les permitieron tomar control sobre sus comunidades,

cambiarles sus estilos de vida (eso sólo ocurriría hasta la creación del a frontera entre los Estados Unidos y México a partir de 1848 y después de la guerra entre ambos países que terminó con la derrota de nuestra nación). El norte mexicano era nómada, horizontal, sin emperadores, sin grandes pirámides. Su cultura era otra y hasta el día de hoy se siente ese cambio (si alguien dice que el norte fronterizo cambió con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte te estará mintiendo: en la frontera el intercambio de productos, lenguajes, hábitos culturales y servicios legales e ilegales siempre ha existido desde que ambos países se hicieron vecinos cercanos, de nuevo, de 1848 en adelante). Como ves, las diferencias históricas hacen del norteño un ser más libre e independiente, más individualista, menos dado a aceptar jerarquías y vasallajes. Y eso, por supuesto, se nota en su literatura, se percibe en mi obra. Y se me olvida recalcar algo más: no es lo mismo el sur rebosante de frutos espléndidos, de fáciles cosechas, de abundantes ríos para sostener grandes poblaciones, que la vida al norte, donde el desierto es el ecosistema predominante, donde no se pueden sostener grandes grupos humanos por la falta de agua y alimentos. La cultura sureña, si quieres verla así, es de la fiesta, de la riqueza, de la comunidad, del exceso, del arte barroco, mientras que la cultura norteña es de la austeridad, de la penuria, del individuo solo. La caracteriza el laconismo, la monotonía, el silencio, la soledad, la introspección frente a la naturaleza hostil. Ahí comienzan las diferencias entre norte y sur. Y eso se trasmina en la literatura que se escribe desde la frontera: una narrativa que apela a otro entorno vital, a otra visión del mundo.

MS: Hay varios temas que se abordan en sus novelas, incluyendo la frontera y la inmigración ilegal. De acuerdo con su perspectiva, ¿Por qué es necesario hablar de estos temas?

GTM: Porque están ahí, como dijera el explorador británico George Mallory del Everest. No los toco en mi narrativa porque quiero dar clases de sociología de la migración o de la cultura de la frontera, sino porque existen en el horizonte de eventos en que se mueve mi existencia como en los que se mueve mi creación. Quiero precisar algo aquí para no dar una versión falsa de mi realidad: yo soy un escritor mexicano, norteño, fronterizo. Nací en Mexicali, a tres cuerdas de la línea internacional. Vivo en una casa desde la que puedo ver el muro fronterizo, el que ya hay, el que Donald Trump quiere cambiar por otro más alto, más impenetrable, que no deje siquiera ver el otro lado. Para mí la frontera es lo cotidiano, lo de todos los días: los Estados Unidos es una opción más de shopping. Mis padres vinieron a esta ciudad en 1953 y decidieron quedarse en ella, no brincar al paraíso de los dólares. Lo mismo yo. Somos fronterizos por voluntad propia. Los migrantes, sin embargo, son parte del paisaje diario de mi ciudad, la gente que viene del sur del país para cruzar, como pueda, al otro

lado. Ayer eran centroamericanos, hoy son haitianos. Muchos no lo logran y se quedan aquí, en Mexicali, y contribuyen al crisol que es la sociedad fronteriza. Es como un coctel que mezclas y agitas sin descanso. Está hecho con el esfuerzo de mexicanos venidos de todos los rumbos del país, con extranjeros que han hecho grandes contribuciones a nuestra sociedad, ya sean chinos, japoneses, hindúes, coreanos, italianos, españoles, sudamericanos o los propios estadounidenses. Por eso su creatividad. Por eso mi interés en que aparezca en algunas, que no en todas, de mis novelas policíacas como parte del paisaje cotidiano, como voces a tomar en cuenta.

MS: Asimismo, la temática de sus novelas retoma las relaciones con Estados Unidos, las cuales han sido criticadas lo largo de la historia de México y su vecino del norte ¿Cree que las relaciones con Estados Unidos son solamente negativas y no hay grandes beneficios para México?

GTM: No. Eso es un estereotipo. O como dirían ahora: son fake news. Mira, si lees mis novelas lo que aparece en ellas es la historia de nuestra relación con los Estados Unidos y, a la vez, un sentido de comunidad entre las poblaciones fronterizas de Mexicali y Calexico, de California y Baja California. Recuerda que no es lo mismo ser vecinos de un estado como California, liberal, con una población de origen hispana importante y vociferante, que ser vecinos de Texas, por ejemplo, donde los hispanos aún son vistos como el enemigo a vencer. Esta perspectiva regional, periférica, permite a Morgado, el protagonista de mis novelas policíacas, entender que los problemas locales los agravan las autoridades de Washington y la ciudad de México. Cualquier fronterizo, sea anglosajón o mexicano, afroamericano o asiático, entiende que la convivencia pacífica es el motor del progreso en esta zona del mundo, pero llegan los políticos, que no saben nada de cómo vivimos en la frontera, y envenenan nuestras relaciones con ordenanzas y decretos que sólo muestran su ignorancia sobre la cultura que aquí trabajamos entre todos, que aquí construimos para sobrevivir a las duras condiciones de vida. Por más que pueda haber roces de violencia, en general nos llevamos bien porque el que vive en la franja fronteriza no ve al otro como un enemigo, como un adversario, sino como un compañero de trabajo en la ardua lucha por vivir en el desierto, por hacerlo florecer. La frontera es un lugar de paso de todo tipo de contrabando: de sur a norte pasa el tráfico humano y las drogas. De norte a sur, las armas y los dólares. La literatura policial que hago te hace ver que la prosperidad fronteriza se basa, por igual, en los negocios legales como en los ilegales, que ésta es una zona donde se da un intercambio continuo de productos y personas, de manifestaciones culturales cuyo eje fundamental es lo económico. Por eso la abundancia de adicciones, prostitución, esclavitud laboral, mano

de obra barata, disputas entre bandas criminales. Pero también el trabajo por abrir el desierto y convertirlo en campos de cultivo, en industrias en auge, en comercios que compitan a nivel mundial, en lugares turísticos. La globalización a destajo. La riqueza a como dé lugar. Pero no es cosa nueva: aquí, desde el siglo XIX, esa es la forma de vivir, de prosperar.

MS: La música parece ser uno de los aspectos sobre el cual se hace constante alusión en sus novelas negras. ¿A qué se debe esto? ¿Hasta qué grado es su uso intencional?

GTM: A veces aparece, sí, como un coro griego al interior de la trama: composiciones como la *Canción Mixteca*, que hablan de la nostalgia por dejar la tierra natal para irse a vivir a otra parte, y que aparece en *Mezquite Road*. En otras sirven como eco de los hechos que se narran, de los diferentes tiempos en que viven sus personajes, como la canción de Madonna en *Laguna Salada*. Y a veces tienen el centro de atención, como en *Música para difuntos*, que es un recorrido por las canciones dedicadas a Mexicali y que funcionan como mensajes que manda el asesino serial a las autoridades policiacas o a la prensa. Creo que son como el soundtrack de lo que se narra. Al menos eso pretendo. Y debo reconocer que hay ciertas afinidades musicales entre Miguel Ángel Morgado y yo en cuanto al gusto por el rock progresivo de los años setenta del siglo XX: con grupos como Yes, ELP, Pink Floyd, King Crimson, Moody Blues, Renaissance o Genesis.

MS: “El Derecho” aparece como un elemento fundamental en sus novelas, específicamente por que el detective Morgado es un abogado. ¿Por qué le interesa a usted tanto el derecho?

GTM: Miguel Ángel no es un detective duro, no es Marlowe, no es Spade. No golpea sin aviso. No es de temperamento impenetrable. Es otra cosa: un hombre que cree en la justicia en un país que se regodea en la injusticia, que cree en las leyes para evitar la barbarie, sea ésta el linchamiento, la tortura, la revancha ciega, el permiso para matar a los supuestos culpables. Morgado es un abogado que no pierde la esperanza, que aún cree en los valores universales, en los derechos humanos aunque se rían de él. No es un ingenuo: sabe que tal vez no pueda cambiar el mundo, pero lo intenta. Que quizás todo es en vano, pero al menos trata de que los crímenes se resuelvan, que la verdad se muestre aunque ya sea demasiado tarde. Si tengo que responder en lo personal, diría que no me interesa tanto el derecho como los derechos humanos. En eso está especializado Morgado. En esos derechos humanos, en su violación, en su salvaguarda, es que gira mi obra policial. De alguna manera, en mis novelas se trata de desmontar, desde la ficción, a esa maquinaria demencial, salvaje, ominosa que es la justicia a la mexicana, donde se criminaliza al inocente si es pobre y se deja libre al criminal si es poderoso. En ellas, Morgado es el fiel de la balanza, la conciencia alerta.

MS: ¿Cómo describiría al detective Miguel Ángel Morgado López?

GTM: Acabo de hacerlo. Pero agregaría otra faceta de Morgado que es importante tomar en cuenta: en sus primeras novelas, de *Mezquite Road a Laguna Salada*, es decir, de lo publicado entre 1995 y 2002, es un norteno que vive en el centro del país, un fronterizo que debe lidiar, desde la ciudad de México, con los prejuicios que hay sobre los nortenos como apochados, como gente que es más estadounidense que mexicana y, a la vez, cuando anda en Mexicali lo ven ya como un chilango, como un habitante de la ciudad de México, de la capital del país. Es un hombre que se siente fuera de lugar en ambos sitios mientras va y viene de uno a otro. Pero ya desde *La memoria de los muertos* (2004) en adelante, podemos ver que Morgado se traslada a vivir a Mexicali, a la frontera, que vuelve a su lugar de nacimiento y se compromete como un miembro de su comunidad en los problemas que debe enfrentar. Esa evolución ayuda a entender que en las más recientes novelas su perspectiva ya es enteramente fronteriza, que se siente de nuevo parte de su ciudad natal.

Otra cosa: en muchas ocasiones a Morgado, tanto sus adversarios como sus amigos, lo han caracterizado como un sabueso, como alguien que olfatea un rastro y ya no lo suelta. Hay obstinación en su particular forma de investigar, de ir rescatando los hechos hasta obtener una imagen exacta de lo que realmente ha ocurrido. Pero Miguel Ángel no actúa en el vacío, no es un vigilante solitario. No hay que olvidar que Morgado no resuelve solo los casos que se le presentan: a veces cuenta con la ayuda del Jimmy y su club de motociclistas, los Cuervos. Y otras veces cuenta con el apoyo técnico y táctico de Harry Dávalos, un agente de varias agencias gubernamentales estadounidenses, que termina siendo su amigo. En ocasiones, Miguel Ángel, como el abogado que es, reúne declaraciones y testimonios de viva voz que lo llevan a entender quién hizo qué, como si estuviera juntando un expediente judicial. También trabaja con la metodología de un historiador: uniendo los cabos sueltos del pasado hasta contar con una narrativa lógica, con una explicación plausible que sirva para solucionar el crimen que trae entre manos.

Un punto final: Para Morgado, Mexicali está lleno de recuerdos de su infancia y adolescencia. Muchas de sus memorias van a colisionar con los propios casos que investiga, con los crímenes que busca descifrar. Ya sean sus experiencias en el centro histórico, en el barrio chino, en la Laguna Salada, cruzando la frontera o explorando la zona agrícola del valle de Mexicali, por todas partes donde ande el ayer y el ahora se le traslapan, le ayudan a orientarse, a salir adelante en sus indagaciones. Entre más se adapta a Mexicali, más comprende la complejidad de la vida fronteriza, sus contradicciones, sus paradojas, su forma

comunitaria de ser, vivir, trabajar o delinquir. Pero, sobre todo, su historia, que de muchos modos es la suya propia.

MS: ¿Qué papel tienen los personajes femeninos en sus novelas? Parece que Morgado recibe mucha atención de las mujeres...

GTM: Morgado es, en ese sentido, un personaje muy de novela negra: es un investigador que siempre termina enredado en relaciones efímeras con mujeres de todo tipo: abogadas y periodistas, femme fatales o víctimas. No es un tipo que vaya a casarse y formar una familia. En términos amorosos, Morgado es un nómada, una figura que vive su existencia sin lazos personales, sin vínculos profundos excepto con su búsqueda de la justicia. Primero es su trabajo que su vida amorosa. Piensa más en resolver un caso que en mantener una relación duradera. Y así le va en esos menesteres. Las mujeres van y vienen porque no quieren tener un lugar secundario en su vida. Tal es la carga de su cruzada personal, de su trabajo público.

MS: ¿Hay personajes checos o checoslovacos en sus novelas?

GTM: Creo que no. Pero no estoy seguro. Hay mexicanos y estadounidenses. En *Loverboy* aparece una cubana. En *Laguna Salada* hay espionaje soviético, pero no salen rusos, creo. Desde mi perspectiva, yo soy lector de autores como Kafka, como Kundera, como Havel. Hablo de cuando era un país llamado Checoslovaquia. Yo, allá por los años ochenta, oía a Pulnoc, la banda que continuó después de Plastic People of the Universe, que para muchos es la única banda de rock en el mundo que logró cambios políticos. Tengo entendido que la palabra disidente viene de su cultura de resistencia al orden soviético, durante la Guerra Fría. Para mí ustedes encarnan una cultura llena de misterios medievales y rebeldía civil. Pero reconozco que, por la distancia geográfica y cultural, ustedes deben ver su propia cultura de una manera distinta a como yo la veo. Aquí tú eres quien debe enseñarme cómo es vivir ahora en tu país, qué significa ser checo en este momento.

MS: En su opinión ¿Cuál es la situación actual con relación a las novelas detectivescas en la sociedad latinoamericana?

GTM: Ahora son el centro de atención de la crítica. Ya son visibles en las letras nacionales, aunque algunos críticos centralistas aún no les agrada su actual preeminencia. Pero en la sociedad en sí, las novelas policíacas están obteniendo un público cada vez mayor, un interés al alza desde el momento en que vivimos en un estado de violencia permanente y los lectores buscan tratar de explicarse cómo llegamos a esto, qué clase de sociedad somos, cómo la corrupción, la impunidad y la injusticia terminaron dominando el panorama de nuestras relaciones sociales, políticas y económicas. Este género abre ventanas para examinar el corazón de las tinieblas con personajes que son nuestros, con tramas que nos recuerdan la situación que atravesamos aquí y ahora. Muchos

sólo quieren reducirlo a la narcoliteratura, pero es mucho más que eso: es una narrativa que expone el lado oscuro de nuestra sociedad, sus puntos más sombríos, pero también lo hace con el humor que nos caracteriza, con la tenacidad de quien no quiere dejar de mostrar a una sociedad que no se rinde ante la violencia que la acosa.

Una cuestión más: en los últimos años una buena parte de la narrativa policiaca en México ha derivado hacia el pastiche, hacia la comedia de enredos, hacia la cultura pop, hacia la simple nota roja. Esto ha ocasionado que parezca que muchos autores acuden al género porque está de moda y es fácil de publicar ante la demanda de las editoriales, que abren colecciones o series dedicadas a la novela negra. Y no sólo hay auge de la novela, los cuentos policíacos también han tenido considerable impacto y puede notarse con la publicación de la antología *México Noir* (2016) de Iván Fariás o en mi libro de cuentos *Lucky Strike* (2016). Y también hay un corpus académico que se interesa por este género, con especialistas como Édgar Cota Torres, José Salvador Ruiz, Miguel Rodríguez Lozano, Diana Palaversich y Minni Sawhney, entre muchos otros. Eso implica igualmente que hay lectores para esta literatura y en números crecientes.

Cuando yo empecé no había más de media docena de autores policiales en activo, es decir, de escritores comprometidos con este género: estaban Paco Ignacio Taibo II, Rafael Ramírez Heredia, Juan Hernández Luna y Francisco Amparán, si mal no recuerdo. Lo interesante es que el género policial de mediados de los años noventa era una comunidad que no se centraba sólo en la ciudad de México sino que varios de nosotros trabajábamos esta literatura en otras regiones del país y poco a poco tuvimos eco, empezaron a prestarnos atención. Ahora es una literatura que se escribe en todas partes de México, que goza de prestigio, que ya no es desdeñada con facilidad, que la crítica literaria, mal que bien, atiende y reconoce. Eso lo logramos nosotros, los autores policíacos, con terquedad y porfía, creando historias y tramas pertinentes, que abrieran los ojos a nuestros potenciales lectores. Y ahora este género es ya parte aceptada de la literatura mexicana, su columna vertebral en este siglo XXI.

MS: ¿Existe la novela neopolicial? En caso de que sí, ¿Cuál es su mensaje?

GTM: Neopolicial es un término que se usó hace unos veinte años para hablar de la narrativa policial de Paco Ignacio Taibo II y Juan Hernández Luna, pero que cada vez se usa menos en México: la novela tradicional, de enigma criminal, la novela negra con su detective duro, la novela sin ficción sobre escándalos judiciales, el thriller de espías y la novela que juega con las convenciones de la investigación detectivesca, todas son, al final de cuentas, novela policiaca a secas. Tal es la capacidad de este género para

englobar todas estas corrientes creativas. Hay que verla como el sitio de reunión de obras de Paco Ignacio Taibo II y Carlos Fuentes, de Jorge Volpi o mías, donde se centra nuestro interés en la criminalidad rampante, sus causas, conductas, repercusiones y estados de ánimo. Como sea que cada uno trabaje esta literatura, lo importante es que a todos nos une la necesidad de contar lo que está mal, lo que nos duele, lo que nos llama la atención. En mis novelas la violencia no es gratuita, no busca el estremecimiento morboso. Cumple, eso sí, con el papel de fuerza disruptora del orden social, de alarma pública para hacer notar que ese cuadro perfecto de la sociedad, el empresariado, la iglesia o el gobierno está mostrando sus cuarteaduras, sus fisuras internas, se le está cayendo el maquillaje para ofrecernos su rostro verdadero, su cara al desnudo.

Yo aprendí, gracias a Paco Ignacio Taibo II, que para construir una novela policiaca en nuestro país no requieres sólo un caso criminal a resolver, sino una visión más amplia del entorno en que ese crimen sucede. Necesitas una panorámica de la sociedad en que se da, de la época en que ocurre, de las ramificaciones que tiene desde el pasado al presente, de las repercusiones que puede tener para ciertos sectores sociales, eclesiales o políticos. Un delito no es, desde nuestra perspectiva latinoamericana, el estudio de un individuo que se salta la ley, como en la típica novela policial estadounidense, sino el estudio de una comunidad cuando el crimen la golpea, cuando muestra sus luces y sus sombras, sus lazos de corrupción, poder y riqueza a la vista de todos.

MS: ¿Tiene planes de escribir otra novela en la que Morgado sea el protagonista?

GTM: Hay dos novelas a punto de salir: *Rutas de escape* y *El rastro del crimen*, son las novelas diez y once donde Morgado sale de protagonista. Pero no son las únicas. Tengo dos más con nuevos personajes principales en espera de editorial. Pero volviendo a tu pregunta: Miguel Ángel Morgado también aparece en un par de relatos inéditos de un libro de cuentos ya terminado. No pienso abandonar a un personaje que es tan reconocido fuera y dentro de México, pero que es, igualmente, tan entrañable, tan valioso para el imaginario fronterizo, donde lo local se ha vuelto global, donde Mexicali y la frontera norte mexicana se han transformado en escenarios identificables de la narrativa latinoamericana para toda clase de lectores, en diferentes países del mundo.

MS: Últimamente las novelas a cuatro manos están de moda. ¿Tiene planes para escribir una?

GTM: No, no tengo planes, pero es una buena idea. Gracias por ella, Markéta. Le preguntaré a escritores cercanos, como José Salvador Ruiz, que es un joven autor mexicalense de este género, si hacemos juntos tal experimento narrativo.

MS: ¿Cuáles son las inspiraciones más significativas que lo han

llevado a seguir escribiendo novelas policiacas?

GTM: Diría que Dashiell Hammet, Raymond Chandler y Ross MacDonal, desde luego. Pero también Patricia Highsmith y Jim Thompson. Los tres primeros nos cuentan que, ante una justicia oficial ciega o inepta, sus detectives privados deben indagar por su cuenta y riesgo, sin importarles a dónde los conduzca el rastro del crimen, sin pensar lo poderosos que pueden ser los responsables. En cambio, en Highsmith y Thompson, estos autores se decantan por explorar la condición humana en sus facetas más oscuras, por meterse en las pulsiones de la mente criminal. De ellos y de muchos otros autores he aprendido que la novela policiaca que más me gusta es metódica, relevante, catártica y polémica. Es una narrativa que denuncia lo que muchos no quieren ver: que el mundo es un infierno, pero encontrar la verdad es hacerlo menos infernal, darle un atisbo de justicia es hacerlo más habitable.

Visto así, el acercamiento al crimen puede ser social o psicológico. Puede recrear un tiempo para sacar a la luz ciertos secretos del pasado. En ese sentido, mi novela policiaca está muy emparentada con la novela histórica. *Laguna Salada* es una recreación del espionaje soviético durante la Guerra Fría. *La memoria de los muertos* se asoma a la muerte misteriosa de un gobernador de Baja California en territorio estadounidense en los años sesenta del siglo pasado. *Vecindad con el abismo* trata de esclarecer lo que les sucedió a los japoneses en nuestra entidad en la Segunda Guerra Mundial. Crímenes viejos vistos con una nueva mirada. Por eso he llamado a la trilogía conformada por las novelas *Círculo de fuego*, *Vecindad con el abismo* y *Música para difuntos*, todas publicadas en 2014, como Exhumaciones. Eso hacen mis novelas: exhuman a los muertos, los devuelven a la vida para que cuenten su versión de los hechos, para que compartan sus verdades olvidadas con nosotros. Y lo mismo va para *Rutas de escape*, que indaga en los movimientos revolucionarios, en los grupos guerrilleros de los años setenta. O en *El rastro del crimen*, con la guerra de Vietnam como trasfondo histórico.

Yo no escribo sólo novela policial: escribo cuentos y novelas históricas, de fantasía, ciencia ficción y de tema fronterizo. Pero la novela policiaca es con la que he tenido más lectores y no únicamente mexicanos. Me han publicado las primeras cinco aventuras de Morgado en Alemania, España, Canadá, Francia e Italia. *La memoria de los muertos* ha sido publicada en España y Alemania. *Mezquite Road* acaba de publicarse en edición bilingüe, en inglés y español, en los Estados Unidos, por la Universidad de Colorado.

Creo ser un autor que ha defendido la novela policial como un vehículo creativo que nos revela, mejor que otros géneros, el país que somos, la vida que llevamos de una forma precisa, contundente, sin tapujos, sin medias tintas. Lo que en mi obra

policiaca sale a la luz no es una imagen turística, bonita, de México, pero tampoco es una nota amarillista, apocalíptica, de nuestra realidad. La novela policial es como una sesión de ultrasonido para saber cómo estamos por dentro, qué dolencia le aqueja a nuestra sociedad en marcha. La creación literaria para eso sirve: para ver con sapiencia, con detalle, los claroscuros que nos definen, las fricciones que chispean a nuestro derredor. Es una voz de alarma, si quieres llamarla así. Acto expresivo para mantener con vida lo que más quieres: sea la justicia, la verdad, la dignidad humana.